

tad las obras maestras que tratan de educación, y en todas hallaréis sendos capítulos, largas disertaciones consagradas á encarecer la importancia capital de la educación física, esto es, de la robustez, relaciones armónicas y desarrollo integral del organismo humano, y si hacéis abstracción por breves momentos de la organización capitalista y propietaria de la sociedad actual, que reduce á la mayor miseria á la casi totalidad de las familias obreras, tal vez pensaréis, en vista de tan bellas y sugestivas teorías, que la humanidad entera se ha emancipado del yugo de las instituciones jerárquicas, que por una conmoción revolucionaria como supremo esfuerzo realizado en el paroxismo del dolor engendrado por toda clase de miserias y tiranías, ha suprimido la pobreza, y, dueña de sus destinos, se ha dedicado con santo amor al florecimiento de la infancia, no descuidando absolutamente nada de cuanto los principios anatómicos, fisiológicos é higiénicos reclaman con científico imperio para que la vida infantil alcance toda la exuberante lozanía y vigor de que es susceptible, elementos básicos de generaciones sanas y fuertes, inteligentes y razonables que transformarán la faz de las sociedades. Parece como que la escuela se halle en posesión de los elementos económicos é higiénicos, y que el terrible problema de la miseria, con las pésimas condiciones de los alojamientos proletarios que son su escuela, esté ya resuelto á satisfacción de la ciencia y de la conciencia universal.

Las disertaciones de nuestros sabios pedagogos sobre la educación física, que implica sana y abundante alimentación, como exige una activa desasimilación y el crecimiento de los niños, vestidos adecuados y habitación confortable, nos parecen un sarcamo y en extremo irónicas, hasta que la sociedad no haya modificado su manera de ser y se haya colocado, por una organización racional, en adecuadas condiciones para atender, como es justo y equitativo, las múltiples necesidades de la vida infantil, de confor-

midad con los dictados de la ciencia y el criterio de los racionalistas, que consideramos poco menos que imposible una reforma verdadera con toda la extensión que se merece la educación racional de la infancia.

Quizá alguien nos objete que la tesis que sustentamos y á grandes rasgos exponemos en lo que se refiere á la salud, belleza y fortaleza del cuerpo, fines que, como hemos dicho, persigue la educación física, sale del dominio de la educación general para entrar en el de la sociología. A los que así piensen les diremos que tienen un pobre concepto de la educación, y que no deben engalanarse, si así lo pretenden, con el modesto aunque nobilísimo, por más de un concepto, nombre de educadores. La educación es una vasta ciencia que exige el concurso de todas las ciencias biológicas, sociales y filosóficas si ha de cumplir á conciencia su cometido. El niño es un sér complejo, por desgracia poco conocido aún ni por padres ni maestros, objeto de grandes estudios cuya comprensión y tratamiento científico están reservados, es cierto, al porvenir, pero cuyas necesidades materiales son evidentes y reclaman perentoria satisfacción. Creemos y afirmamos que cuando se desea para el niño una verdadera educación, es necesario ante todo preocuparse de su vida aun antes de abandonar el claustro materno, y después de nacido rodearle de todas cuantas condiciones y cuidados sean precisos al desarrollo normal de su delicada existencia. Los que se imaginan que la escuela es el único y exclusivo lugar de donde tienen que irradiar todas las energías educadoras, están en un lamentable error, y si á sí mismo se llaman educadores y no procuran, para que la obra de la educación sea completa, modificar las condiciones del medio social, á fin de que sus discursos sobre el desarrollo armónico del cuerpo no sean estériles disertaciones por falta de apropiado terreno en que echen potentes y profundas raíces, cometen el grave delito de hipocresía y complicidad con todos los poderes sociales que